



## Penúltima parte de *El Taisnerio*

María Eugenia Sáez

[http://www.letralia.com/ed\\_let/taisnerio](http://www.letralia.com/ed_let/taisnerio)

**E**ditorial  
**L**etralia  
[letralia.com/ed\\_let](http://letralia.com/ed_let)

**Colección Especiales**  
*Internet, noviembre de 2006*

**Escribir es un arte**

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

## Presentación

*Penúltima parte de El Taisnerio* es un libro que narra la historia de un libro. Pero su autora —la autora del libro que narra, que no del narrado y, como se verá, narrador—, la escritora e historiadora venezolana María Eugenia Sáez, no se ha limitado a verter en papel una relación de las pistas que el libro —esta vez sí, el narrado— fue dejando a su paso por el mundo de los hombres.

Hallado entre las cosas del soldado Blas Botello —llamado *el nigromántico*, el hombre que dio a Cortés el infausto consejo de replegarse ante los aztecas la noche del 30 de julio de 1520, que terminaría en una masacre en la que hasta el astrólogo diletante, Botello mismo, hallaría la muerte—, *El Taisnerio* fue un tratado alemán que describía “afecciones del alma y el cuerpo” y al que continuamente, en épocas distintas, autores distintos añadieron nuevos trozos, como en un rompecabezas de perenne postergación.

Más bien un atado de “papeles como libro” y plenas sus páginas de “cifras y rayas y apuntamientos y señales” —como lo anotará Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*—, el libro cambiará de dueño varias veces en los tres siglos siguientes, sumergiéndose en la oscuridad durante décadas y apareciendo de nuevo en lugares insospechados, de la mano de estudiosos y aventureros, hasta perderse definitivamente a principios del siglo XIX entre los papeles del beneditino Benito María de Moxó y Francolí.

El relato de las aventuras de este libro es una excusa para revisar la historia de América desde la época de la conquista hasta la eclosión de las repúblicas e interpretar el papel de la Iglesia, el poder y el hombre de a pie en la armazón de la sociedad. Amenazado por la Inquisición, tapiado, destruido mil veces, *El Taisnerio* resistirá a tres siglos de alientos y aromas humanos, sudor de dedos, manchas de comida, gotear de velas, parpadeo de bombillas, el flujo de la electricidad en el teclado.

Acaso el lector advertirá la aventura paralela que discurre a través de las páginas de esta novela breve —o, con más rigor, *concisa*—: atado al libro está el lenguaje. La historia de los hombres que se apropian de manera sucesiva de *El Taisnerio* empieza en un castellano de estreno, recién traído de la España millonaria y caótica del siglo XVI, y crece palpitando, reflejando el habla de cada época en la historia de su historia.

Nacida en Maracaibo, Zulia, en 1955, María Eugenia Sáez es historiadora y doctora en literatura. Actualmente reside en Alambra, Los Angeles (EUA), donde es profesora de español en Pasadena City College y además desarrolla una labor editorial a la par de investigaciones bibliográficas que la han llevado a escribir no sólo esta novela, sino además un vasto ensayo sobre la aventura del *Quijote* en las Indias, próximo a publicarse.

**Jorge Gómez Jiménez**  
Editor



*A Margarita Peña, investigadora mexicana,  
autora de Literatura entre dos mundos,  
a otras admirables profesoras del Colegio de México,  
la difunta Carmen Corona y Françoise Perús,  
y a Lillian Von der Walde de la Unam-Ixtapalapa*



Como todas aquellas noches de luminares celestes, subía el vapor de los calderos y bajaba el nublado de la sierra. Se podía entrever el humeante horizonte desde el puesto de guarda vecino a mi caldero. El aire frío se templaba un algo con el olor a las tortillas de maíz blanco que nos habíamos acostumbrado a comer. Eran ya meses de espera en lugares tan apartados de nuestros terruños. Había, los más días, provisión de gallinas de la tierra y huevos, calabazas y unas frutas espinosas por fuera como las que asábamos en Cuba, meses atrás, antes de llegar a la Veracruz.

Estábamos todos la barba al hombro, temiendo alguna zagalagarda de los tlaxcatecas, nuestros amigos por necesidad. “Que cabra coja no tome siesta”, decía nuestro capitán.

Yo me guarecía con una manta basta sobre mi cabeza para resguardarla del frío y, a falta de alpargatas de suela entera, andaba presto sobre esta tierra rojiza que se pega a los pies. Dejando a buen recaudo mi caballo overo, mi sola posesión, siempre curaba de llevar un botijo de agua fresca, un ámpula de suero poderoso contra el veneno de sierpe y, por única vitualla, un menudo amasijo de plantas para el mal de estómago que a tantos aquejaba y que, siquier por suerte si por prudencia, yo nunca había padecido; mas, en cuanto a alimento, no llevaba ninguno. Como todos los de mi sangre, estaba hecho a comer sin llenarme, para andar ligero. De mi padre heredé poco más que una de las piedras de rayo que usaba el curandero de nuestro pueblo y, por tratarse de una pieza pequeña, la había llevado colgada al cuello de cuando mis doce años, en que me desgarré, como dicen los muchachos, de mi terruño, para no volver. Siempre fui ligero de pies desde mi mocedad de pastor en las montañas del Bierzo, y siempre de mucho caminar, de poco dormir y menos comer. Pasados los años mozos, me importaba algo andar descargado por estas desperdigadas tierras.

Cuando el día menguaba me ponía en camino hacia la serranía llevando conmigo mi baraja y mi librito en la petaca y salía del real sin ser de nadie notado. Así, mientras mis compañeros consumíanse de cuidados y temores pensando

qué nos guardaría la suerte una vez saliéramos de aquella provincia de Tepeaca, yo procuraba hacerme de la compañía de dos indios, naturales de ella, a quienes había curado las heridas cuando nos atacaron en lo de las puentes a la salida de México, muerto ya Mucteczuoma. Eran estos indios dos curanderos que, protegidos de Malintzin, habían quedado escondidos de nuestros amigos de Tlaxcala junto a la calzada de Iztapalapa en el real que habían levantado los tlaxcatecas. Harto sabían ambos de astrología por lo que pude barruntar de las señales y cometas que me describieron y aun de sinfín de hierbas milagrosas de los montes circunvecinos al lugar, para tratar toda manera de dolencia y hasta del mal de madre que acució a las indias desde que llegamos, salvo de curar heridas de espada o lanza, donde la suerte quiso desconocieran toda ciencia sobre ello y así pude entrar yo a vaelles, guiado por la extrañeza de sus protestas, pues no entendían qué mano habíase vuelto contra ellos, aquella noche medrosa, con intención de les matar.

Cuando los suyos buscaron alianza con México para darnos batalla conjuntamente, los dos curanderos no quisieron juntárseles y ello por haber visto señales en la tierra y en las plantas sobre lo que acontecería a los mexicas pasado el tiempo, tras lo de la batalla que nos dieron en las puentes de Otumba, de cómo toda aquella alteza devendría en ruina. Tras no poco cavilar, quisiéronselo ellos dos tratar de hacer llegar a oídos del gran Moctecuzuoma, meses ha, por medio de emisarios que le portaron el maíz disforme y las yerbas novedosas que habían sido halladas en los montes de Tepeaca. Mas él se las había recibido e tenido a mal y ansí había enviado a ciertos sobrinos suyos hechiceros a que buscaran y trajeran ante su temible presencia al mentado par de hue-hues tepeaqueños, que placíase de motejarles de viejos aunque no lo fueran. Velaba por entonces este gran señor en la casa negra de la antigua Tenochtitlan, envuelto en humo de copal, los **libros** abiertos en el suelo. Muerto Moctezuma, decidieron salir de su escondite y volver presto a su pueblo a espera de lo que sucediera; mas esa noche fueron heridos con fierro ante mis mismos ojos y viles caer como de mano invisible, sus menguadas y flacas figuras por el terroso suelo del real. Las cartas de la baraja una vez más me habían sabido servir. Anunciándome la venida de estos dos curanderos estrelleros y de varios fenómenos naturales, aunque extraños, que, decían las cartas, habrían de ocurrir; uno de ellos duraría allende el mar y el tiempo.

Con todo y por mucho que seguí encareciéndoles me lo revelaran, nunca pude conocer cuál; muy en balde era mi porfiar, que ellos mismos lo desconocían. Una vez recuperados de sus heridas, se les hizo costumbre el sentarse a mi vera en el suelo frente a mi caldero de hierbas digestivas a deprender juntos los unos de los otros palabras, unas en su lengua y otras castellanas, para las partes del cuerpo y para las dolencias y curas dél.

¡Yaotll! Tlacatle, totecue, tloquee, naoaquee, iooalle, checatle: a ca nelle ca axcan, myxpantzinco nyquyztuiyutz, myxpantzinco nacituiyutz, myxpantzinco nytlacueiacxoluytiyutz, nytlaviltectuiyutz: in nymaceoallli ananyqualli... Tlacatle, totecoe, in mahan piltontli, conetontli, in atl, in tepetl: aço oquycac, aço omononotz...

*¡Enemigo! ¡Oh dueño, Oh Señor, Oh señor de lo cercano, de lo lejano [el que está junto a todo y junto al cual todo está]. Oh noche, Oh viento [invisible, impalpable]! En verdad ahora yo [me atrevo a] vengo a aparecer ante Ti, a allegarme junto a Ti. Será la manera de mi hablar como quien va saltando camellones, o andando de lado... ¡Oh dueño, oh señor, la ciudad [nuestra] es un bebé, un infante! Por ventura acaso ha escuchado, acaso se ha exhortado a sí misma...*

Andando los días y las semanas, pude tenerlos a mi lado de ayudantes, en calidad de proveedores del real, y, al caer cada noche, junto al fuego, mostrarles las propiedades de las gemas de mi anillo de amatistas que me protegía la salud de mi mano derecha, la de la espada, del orín de hierro. Descubrí junto a ellos lo que era volver a ser muchacho. Les mostré la pólvora, la pimienta y las otras especias preciosas e aun, cierta vez que supe hacerme con ello, del agua de solimán. Siempre me guardaron cierta reverencia.

En cambio Bernal nos miraba socarrón, quizá riéndose para sí de nuestros esfuerzos. Pero a mí no se me daba en nada tal risa mordida, pues ante mis ojos tenía todavía las pepitas de naranjo que plantó su esperanza en el polvo junto a la pared de un cú y las muchas instrucciones que dio a los sacerdotes o papas del lugar para que cuidaran de que no se lo comieran las hormigas. Es común condición de los hombres de razón, el no contentarse con batallar, sino querer dejar algo propio en el lugar a vez que llevarse algo del mismo. El mismo toma y daca nos traíamos él con los papas, como yo con los dos indios. Poco antes de que el sol cayera, como una naranja en el polvo de Tabasco y en el de Tepeaca, recogía yo mis cosas y me disponía a sentarme junto a mis dos indios despojados y a mirarme en sus ojos de espejo humeante y opaco. Tezcatlipoca. Todo lo miraban y todo lo escuchaban con suma atención y agudo genio. Pasaban las lunas.

Acaso, en medio de mis lecciones señalaban con un gesto mudo, a Cortés que se paseaba por la empalizada con la cabeza descubierta y espeluncada al relente de la noche, sin poder dormir. Le había dado la Malintzin regalada a Don Pedro Puertocarrero para que la desflorara y luego, cuando supo, por el fraile mercedario, que no ganaría México sin ella, se la había pedido de vuelta y el

joven asintió como si Marina no valiera nada, como si no fuera la mujer más casta, valiente y hermosa de estas tierras, la única de la que no me atrevo a tener ni un mal pensamiento. Yo asentía sonreído, cubierta mi calva con la raída manta y, mitad por signos mitad en palabras, comulgaba con ellos: “Sí; el capitán Malinche también puede enfermar y herirse como nosotros; también él puede morir”. Pero ambos los dos, inmóvil el cuerpo aunque desasosegados los ojos, no reían conmigo, como si recordaran de un mal sueño, que diría el poeta.

Sabía yo, por las cartas, que Cortés había de tener muchos trabajos y ello hasta ser desposeído de su honra y que, por su denostado empeño y el de su valido en Corte, el duque de Béjar, luego había de recobrarla con creces, llegando así a ser señor de mucha renta y de una mujer española, moza y de muy alta cuna, y desta arte se lo había dicho, curando que no estuvieran presentes algunos de mis compañeros hidalgos. Malinche, la esforzada Doña Marina, con su hijo a cuestas, no parecía curarse dello. Sus ojos, granos de cacao oscuro fermentado, su faz un ánfora, y su ser entero un altar ante el cual de nuevo depositaba Cortés su diaria ofrenda. El capitán era hombre muy cuidadoso de las apariencias. Llevaba a todas horas la barba lavada y decía todos los días sus cuentas fervorosamente ante la Virgen. Un poco rala la su barba, había de cuidarla y regalarla mucho. Para que nadie se le desmandara, sufría la hambre en silencio y lo aguantaba sin maldecir ni decir chocarrerías de soldado; lo que no sufría era que ninguno se permitiera una blasfemia o un chiste de sodomías ante su presencia.

Gozaba yo de merecida fama de hombre de buena pro y algo latino; confiaba entonces en que el capitán Malinche como le llamaban, el hue-hue de Malintzin, el viejo de Malinche, se holgaría mucho de mi información, en lo cual no cometí mayor yerro, salvo en confiarle lo de su esposa Catalina a quien las cartas marcaban como ave agorera en el camino de Cortés. A solas, la cabeza descubierta ante su presencia, él sentado y yo de pie al principio, osé decirle finalmente, solicitando antes repetidas veces su venia a mor de advertimiento, que en las cartas había visto que Catalina la Marcaida había de morir envenenada por unas hierbas de este lugar, una vez saliese de Cuba en pos del marido y, en diciéndole esto, tornó a ponerse pensativo, mas luego tornó a mirarme muy más fijamente. Me demandó por mis desapercibidas salidas nocturnas del real y, pues yo le hice saber que iba a por hierbas y a aprender curas de unos indios cristianados de los montes cercanos a Tepeaca, al trasponer los maizales, me solicitó suave y amorosamente, con palabras harto mansas, que le mantuviera informado de cuanto aprendiera de mis indios y que desde ya me los daba para que los herrara como a esclavos con la “G” de guerra, si ello apetecía, pues “recordad que esta gente

nos guisa en calderos y come nuestras carnes”. Yo con templadas razones me negué a herrarlos, aduciéndole que eran éstos de los que habían avisado a Montezuoma sobre la caída de México, muy valiosos por su sabiduría natural, y muy en guisa de lealtad conmigo desde que hube de salvar sus vidas. Apremiados por la llegada del fraile de la Merced cuyos pasos ya se oían junto a nos, acordamos que, pues éramos algo deudos por parte de nuestras madres, yo le informaría a Cortés, muy a sazón y prolijidad, de cuanto supiera y que él, de lo suyo, “sabad Blas que os juro en mi conciencia”, como él solía, que cuidaría de que yo no fuera importunado por las guardas y velas del real, ni en mis salidas ni en mis entradas. De lejos, víamos el humo de los cúes subir hasta las estrellas de México.

Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió con su caballo. Pasemos adelante y diré cómo se hallaron en una petaca deste Botello, después que estuvimos en salvo, unos papeles como libro, con cifras y rayas y apuntamientos y señales, que decía en ellas: “Si me he de morir aquí en esta triste guerra en poder destes perros indios”. Y decía en otras rayas y cifras más adelante: No morirás. Y tornaba a decir en otras cifras y rayas y apuntamientos: Sí morirás. Y respondía la otra raya: No morirás. Y decía en otra parte: Si me han de matar también mi caballo. Decía adelante: Sí matarán. Y de esta manera tenía otras como cifras y a manera de suertes que hablaban unas letras contra otras en aquellos papeles, que era como libro chico. Y también se halló en la petaca una natura como de hombre, de obra de un jeme hecha de baldres, ni más ni menos, al parecer, de natura de hombre, y tenía dentro como una borra de lana de tundidor. (Bernal Díaz del Castillo; *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*; cap. cxxviii).<sup>1</sup>

Así pues con cifras y rayas y apuntamientos y señales salí de Tepeaca, ni más ni menos, como lo habían dicho claramente las cartas: un prodigio pequeño; pero prodigio, sin duda, el que lo pequeño logre subsistir la adversidad.

---

1. Del *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*: “jeme”, “baldres”, “natura”.

**jeme.** (Del lat. *semis*, mitad). **1.** m. Distancia que hay desde la extremidad del dedo pulgar a la del índice, separado el uno del otro todo lo posible. **2.** m. coloq. **palmito.** *Tiene buen jeme.* **3.** m. *Hond.* Medida de longitud para plantas, equivalente a unos doce centímetros.

**baldre.** No aparece en el Diccionario de la RAE.

**natura.** (Del lat. *natura*). **1.** f. naturaleza. **2.** f. *Mús.* Escala natural del modo mayor. **3.** f. p. us. Partes genitales. **4.** f. ant. Conjunto de cosas semejantes por tener uno o varios caracteres comunes.



Habiendo vivido en Toledo entre conversos y moriscos, no es de extrañar que mi próximo dueño fuera muy dado a artes de quiromancia, astrología y hasta al mal mentado hermetismo. Llegó a México por la mar de la Veracruz, como otros, desembarcando una mañana soleada y llena de buenos augurios. Tenía los ojos cansados de mirar a la mar, tundidora de cada crepúsculo. A poco andar por el puerto para airear la ropa y oler el aire de la nueva tierra, le llegó en vez el tufo de su mismo sudor y, ahuecando los brazos para aliviarlo, se sentó lo más galanamente que pudo sobre su baúl; de un pañuelo sacó una empanada de pescado y guardó un suspiro. Miró a los que tenían qué hacer y dónde ir. La mayoría se encaminaban hacia una iglesia improvisada. Unos pocos se reponían de la travesía a la sombra del árbol donde ataban las mulas los plateros de Guanajuato. Él no podía creer que ese mesías nazareno fuera el prometido, el triunfador, el vengador. Pero sí podía creer que en esta tierra norteña pero calorosa que pisaba se cumplirían las promesas del verdadero mesías. Un par de horas y los tres o cuatro colores de su entorno se hicieron menos colores, más blancos.

Pasado el mediodía, vio unas indias haciendo tiangué del lado de la plaza y, reparando en un pequeño pero bien provisto puesto repleto de una mercancía para él novedosa, sacó una monedilla y dióse a probar frutas desconocidas, cuales eran no otras sino mameyes y piñas olorosas de la tierra. Pensó que ésta iba a ser la tierra de la buena suerte. Para completar su placer, teniendo la boca llena del agua verdosa de una chirimoya, levantó la vista hacia el mar de cuyo abrazo se había desprendido para siempre. Y tragaba como si de la comunión se tratara, con esperanza, con alivio, con el líquido retenido balanceándose en la oquedad de aquella su sellada boca. Rememoró callado las congojas de su travesía. Cuánto hubiera dado en aquel trance por tener ante sí una huerta llena de naranjas que le dieran fuerza, o de tamarindos que limpian el riñón y renuevan a cualquier hombre cansado. Pero, al menos, ahora tenía algo nuevo en qué soñar. Miró la tierra estirando la mirada desde su mano hasta el horizonte, e hizo memoria del nombre de lo que le acababan de poner en la mano, pensando cuáles serían los frutales entre los pocos árboles que divisaba sobre las colinas. Le venía de hace más de dos lustros una afición por las plantas y sus propiedades. Ahora tenía algo nuevo en qué trabajar para ganarse el pan.

El tal hombre, mi dueño, dizque boticario y del todo experto en remedios contra la tiña y las liendres u otros males semejantes, venía por cuenta propia, sin amigos en México ni parentela en la vieja España, sin cartas de recomendación ni más fortuna en el baúl vacío que un hatillo con unos cuantos dijes moriscos plateados y empedrados de cuentas azules, unos arillos para la nariz o las orejas, dos o tres curiosas cruces de damasquinado, unas piezas de coral labrado en forma de mano tatuada de Fátima que traía escondidas en el cinto y otras tantas bagatelas de menor cuantía. Gastaba, como único atuendo, un almidonado cuello de puntas que el sudor había tornado amarillas, unas mangas verdes acuchilladas de morado y, tapando el delgado vientre, un cinturón de buen cuero cordobés con algunos pocos hilillos de oro desgastado. Su cabello era rojizo y algo grisado en las sienes, el bigote raído, la boca pequeña y atenazada, los ojos negros y vivaces bajo cejas en parte ralas que procuraba en vano disimular. No sabía si afeitárselas del todo o rellenarles de pintura las calvas. Maldito sea el puerto de Sevilla, pensó por última vez. Era todo lo pulcro que alcanzaba en lo relativo a su persona y sumamente cuidadoso y morigerado en su ceceoso hablar. Por un tiempo breve, mientras vendía los dijes o los cambiaba por loza colorada, bastante hermosa para ser loza india, estuvo asentado en México frente al palacio del virrey. Las calles hacían señales escrupulosas al horizonte clarísimo.

Allí, sobre el polvo que cruzaban dos o tres callejuelas empedradas, ayudándose de cuatro postes gruesos de madera y un techado de paja con cruz de palo en lo más alto, abrió un puesto de loza que pronto fue frecuentado por indias de diversas trazas, algunas de ellas con tocados en la cabeza y mantos bordados de colorines, mas otras descalzas y de aspecto ruin. Al cabo se les allegaron también unas pocas españolas fondonas y revoltosas, las más ya no demasiado mozas, que venían a la Nueva España a bien casar, deseando ser vistas junto al palacio a la compra de pucheros. Y, finalmente, un buen día apareció frente al puesto la joven esposa de un capitán que no podía hacerse de loza española por falta de mayores dineros. De continuo se quejaba ésta de las rudas, chilasas, comidas del lugar y de cómo extrañaba las de su pueblo sevillano. Su tono era alto, rubio, y su faz afilada y ventiañera. Nunca se atrevió mi amo a plantarle conversación. Esta señora se acostumbró a visitar el puesto de loza después de misa de ocho, siempre muy cubierta la cabeza de una mantilla y siempre acompañada de un muchachuelo negro de Hispaniola, esclavo herrado de su marido, y comenzando por revisar la loza acabó por comprar maíz perlado y frijoles a una india y a una mulatilla de rostro indiado que, arrebozadas de rojo la una y de verdejade la otra, se sentaban muy graves en frente del puesto, a dos pasos del español, pero, a lo que ella podía juzgar, sin que éste les hablara. Ella no le dirigía razón a mi amo sino para inquirirle sobre precios.

Empero, mucho antes de que saliera de misa la señora de la mantilla, habían colocado sus cestos de mercancía sobre el frío suelo las dos mujeres, con aire cómplice y vagamente cazador, apenas levantaba el sol aquel polvo claro de los raídos huaraches hacia arriba a las tapadas pero dispuestas rodillas. “Buen día señoras nos dé Dios y que podamos hacer hoy buen mercado”, solía decirles mi segundo amo cortésmente, sin curar de si le entendían, entresacando la cabeza de la puerta que abría su puesto al mundo, catando sobre sus faldas el paño que cubría la cesta llena de pasteles de maíz recién hechos. Ellas solían mirarle de reojo y llegaron por fin al pasar los días a brindarle uno que otro, relleno tales veces de sobras de una especie de perdiz, otras de gallina, lo que él luego respondía con una corta reverencia y quitándose su avejentado sombrero. Así se comía su primer tamal que en esas mañanas de recién llegado le sabía a buena vitualla. Qué gran gusto era poder oler junto a sí la harina caliente del maíz mexicano cuando el resto del aire no olía por toda la plaza sino a ladrillo demasiado nuevo. Ni espliego, ni tomillo, ni romero, ni yerbabuena aquí. Habría de plantarlos y hacerse un cocimiento de menta para saludar el día. La cabeza aún no le sudaba porque no se había alzado el sol.

Del otro lado, en la pared trasera del puesto de loza, posterior que carecía de puerta y ventana, se sentaba a descargar sus bultos y a desgranar maíz un grupo parlero de indias ataviado muy distintamente al de enfrente; los hábitos de éstas eran blanquecinos, luengos y bordados en el pecho, sin rebozo sobre los hombros pero acaso con un modo de velo o toca plegada sobre sus crines negras, cuando no con cintas verdes y encarnadas entretejidas con el cabello. Los rostros eran atezados y los bellos prietos y llenos de líneas como hilachas. Apenas mascullaban unas palabras en español y se dedicaban a hablar entre ellas en una variedad de lenguas que era maravilla ver cómo se entendían; si por sonidos si por silbos serpentinos o por señas, vendían casi todo su haber de tamales, fogosos chiles o ajíes, mameyes y unas frutas pequeñas parecidas a nopales, a los indios que andaban la plaza a través, llevando éstos consigo mercancía o trayendo mensajes de un rincón de la ciudad a otro, o buscando ocupación y buscando nuevo amo. Chillaban acaso alarmadas a sus niños cuando sentían acercarse un coche de caballos, sin que nadie se asomara a su ventanilla, mientras el otro español del puesto de membrillos y peras las miraba impasible y sin curiosidad.

En cambio mi amo las contemplaba amable, cuando daba para ese menester media vuelta a su choza al mediodía y una hora antes de que cayera el anochecer, en que ellas recogían sus petates y se iban al lado de sus parientes en las chozas de las afueras. Entonces se le allegaban al puesto de loza unos pocos soldados españoles y mi amo les regalaba con chocolate caliente servido en jarros

de arcilla y les hacía chistes y les recitaba picardías del sevillano Mateo Rosas de Oquendo:

*Por vino beben pisiete,  
bríndanse con sigarrones,  
las narises son volcanes  
y las bocas son fogones.*

*Por la salsa tienen chile,  
por velas queman ocote,  
las damas mascan copal  
y es su fruta el esapote*

Así iban pasando los meses, sin cosa que de contar valiera ni novedad alguna más que las procesiones y fiestas del lugar. Mi amo fue una vez a Cholula y pernoctó allí con una mujer española, que algo de parentela común tenía con él, madre de varios pequeñuelos indiadados y muy necesitada de compañía al parecer. Zaramulladas que se traería. Volvió algo más quieto pero ya no quiso volver a verla ni salió de la ciudad. Cada vez hablaba menos y se movía menos.

Un día viernes por la noche, estando mi amo encerrado en su aposento, es decir, dentro de su puesto de venta de loza, sintió unos toques sobre la tabla de la puerta y, apercibiéndose a ocultar un rollo de pergamino en el colchón de paja del camastro, dio casi de bruces con un soldado beodo que le importunaba a que le leyera la mano para ver, de todas las cosas en este mundo dejado de la mano de Dios, si iba a ser engañado de vuelta por su mujer, no otra que la criada nubilísima de la señora de la mantilla de encaje. Del todo alarmado, mi amo negó conocimiento alguno de tales artes divinatorias, mas, para despedir más prontamente al soldado, le obsequió con una infusión para los riñones y con unas hierbas fortificantes que habían de hacerle acudir presto a su “muy fiel mujer que sin duda os está esperando angustiada y llena de celo por vos” y satisfacerle con ello de dudas. Así libró mi segundo amo, por el momento, de una mayor indagatoria; pero, con todo y esto, quedó medroso y apesadumbrado. Una vez más tornó a pensar en la mar interminable. Volvió a anhelar cada amanecer, cuando el sol se seca del mar.

Para rehacerse del susto, determinó de dejar de vender loza india y, en vez, abrir un puesto de venta de agua de cebada, ahora que un su amigo toledano vendíala en sacos, a decir verdad sin mayor ganancia, a tiro de ballesta del palacio virreinal. El toledano partió hacia las minas de plata de Guanajuato y le dejó el puesto.

Aun así, no conciliaba el sueño profundo y pasaba las noches en vela deseando librarse de su enojosa e inexplicada desazón, ni ya saludaba tan calorosamente a las que a diario veía frente a su antiguo puesto de loza. Tarde se le congració una de las indias, la del manto colorado, belfo de hilacha y pecho aún redondo que hubiera podido darle solaz, pues al parecer no tenía marido por aquellos lares. Tarde para la india, para su hija y para él. Fue un par de madrugadas. La cosa no dio para más. La india siguió vendiendo chiles y mascando un poco de copal regalado. Él la sonreía de vez en cuando; palmeaba la cabeza de la niña cuando le pasaba al lado; pero nunca más le pidió a la india de comer.

Se dedicaba a mirar los pardos bloques, el enrejado de balcones y emparillado de ventanas, a todo lo largo y ancho del enorme cubo virreinal que tenía ante sí, como si quisiera pintarlo en su imaginación. Se acordaba de Sevilla muchas veces y otras tantas de Toledo. No sabía si los extrañaba. Se le habían reducido ambas ciudades a una, en la imaginación. Cuando rememoraba el angustiado y veloz empacar de sus últimos días en Toledo, le venían a la mente sin que pudiera evitarlo las miradas y los pasos de las hembras nocturnas por las callejuelas del puerto del Guadalquivir. Un aleteo de lechuza.

Quería, empero, no volver a soñar con la mar de tantos meses de espera y travesía. Aunque no se atemorizó de ellas como los otros viajeros de su grupo toledano, las recientes inundaciones del México se la habían traído a la memoria, quiera que no. Le parecía que lo que veían sus ojos no era más que el telón de un paisaje oculto. Se sentía el habitante de una ciudad sumergida. Del espacio cuadrículado y pardo, volvía los mismos cansados ojos hacia la inmensa planicie y no alcanzaba a ver otro edificio alguno, ni restos de altos cúes aztecas, salvo un modo de roca que parecía escapar de la tierra que la rechazaba, la figura en piedra de basalto de la precaria catedral siempre en obras; catiba por toda la plaza regados los pequeños montones aplanados de gentes como masas de maíz a medio cocer. Qué erguidos se le antojaban los sevillanos de allende el mar. Aun así, no parecían curar del Santo Oficio estos indios, quizá debido a su condición de nuevos cristianos. Dejando de reparar en ellos, dirigía sus ojos hacia lo alto del cubo.

Se asomaban hombres de alambrados bigotes, cuyas cabezas emergían entre la gorguera de una larga y negrísima vestimenta y el ala oscura del sombrero, encorvados, salidos a los aleros, como si estuvieran ávidos de tragar el polvo de oro que levantaban los caballos o de arrebatar la turquesa que develaban las nubes del cielo. Alguno que otro de los pequeños, o de los viejos, era sobreviviente de alguna matanza y de ellos algún otro tenía grabado en su ceño un rencor

anciano indescriptible. La maledicencia rezumaba entre estos españoles. Se echaban éstos de lado al pasar las capas con una lentitud reconocida e insoportable. Dirigió su mirada a otra cosa. Mujeres españolas, sirvientes indios y pajecillos mulatos, apenas le eran bultos entre la penumbra de una ventana entrecruzada de barrotes de negrísimo hierro. Parecía que el espacio de cuarenta pasos entre la pared del palacio y su puesto se había reducido. No eran éstos los tiempos del bondadoso virrey Mendoza ni del fraile Motolinía cuyo nombre aún resonaba entre indios.

Resolvió, pues, dejar este lugar sin despedirse de nadie, e irse a otro sitio, uno ni muy cercano ni muy apartado, a varias leguas de la ciudad de México, a emprender otro oficio, para con ello no ser importunado ni por soldados ni por sus propios pensamientos y temores. Así, tras escasas deliberaciones, se avecindó en Tepeaca. Empero, ciertos sucesos lo fueron despojando de su miedo, tornando éste en curiosidad.

Afincóse en la nublada sierra de Tepeaca hacia el año de 1575, cuando ya se comenzaban a sembrar allí trigo, membrillares y perales. No sabiendo mayor cosa de esos cultivos, se dedicó a oficios de orfebre, en un afán de lucrar; mas aun esto fue por poco tiempo, pues, no yéndole bien, abrió una tienda donde vendía candeleros, ciriales, candelas hechas por unos indios que de continuo laboraban en ella, a más de casullas bordadas por sus mujeres que habían deprendido el oficio muy bien a base de mirar y callar. Trabajaban hasta poco después de haber caído el sol. En la penumbra de los candiles se iluminaban sus peninsulares entrañas de sorpresa ante la quietud y el buen hacer del grupo que lo rodeaba. Una vez, se aprestaron los unos a labrar un pequeño relicario de plata y piedras azules, echando mano a los dijes moriscos, un relicario estilo del lugar, mas pronto lo dejaron sin acabar por no haberles salido tan bueno como los del indio Crespillo, quien ya cobraba fama. Los indios adjuntos a la iglesia recibían todos los trabajos, que no los indios con quienes se juntaba mi amo quienes en vano esperaban un encargo de los frailes. Probó éste mi segundo amo diversos oficios y, al fin, se decidió por el de boticario, pues, como arriba se ha contado brevemente, algo sabía de hierbas, siempre y con tal de no tener que plantarlas él. Al poco de llegar a la sierra y trabar conocimiento con ciertos indios, miserables más que necesitados, que le ayudaban en sus afanes yéndole a los montes a por hierbas, se hizo, tras muchas pesquisas y algunos escasos dineros, con la petaca de Botello. Se la quitó a un indio moribundo.

Tras hacerse con la petaca de Botello y enterarse de la suerte que había corrido aquél en Tenochtitlan, comenzó también a creer en la transmigración de las almas y probó de interpretar las rayas y signos del libro chico que en ella halló guardado. En modo discreto, hizo por la sierra y pueblos comarcanos otras pesquisas sobre los dos indios que dieron su saber a Botello, mas todo sin fortuna. Sólo alcanzó a averiguar que, tras morir la Marcaida envenenada, como corrieron los rumores que había sido obra instigada por Cortés, que acababa de ser nombrado marqués del Valle de Oaxaca, desaparecieron por los montes y se encovaron. Desde que tuvo la certeza que los indios de aquel Botello eran idos para no volver, perdió interés en la petaca, dejándome a mí de lado. Pero su curiosidad había sido azuzada, buena sustituta del miedo.

Oculto y olvidado el librito de Botello, el hombre pasó a emplear su tiempo en aumentar su sapiencia de los muchos signos, rayas, cruces y letras raras que ilustraban las manos claramente pintadas en un tratado matemático que a las suyas vino a llegar por vía ignota, quizá por mor de alguna zaramulla cuarentona con pretensiones de casorio. Había vuelto a encontrar a su amor de joven en estas escrituras y lo anterior, los amores humanos, le sabía ya a poco.

Este tratado imprimióse en Alemania, gracias al banquero bávaro Jacobo Fugger, a poco de morir el Emperador en el monasterio de Yuste adonde se había retirado al renunciar al Trono, y era prolijo en describir afecciones del alma y el cuerpo con acopio de trazas y dibujos explicando así la podagra, el apostema, la cólera melancólica y el flujo sanguíneo, según se tuviera o no disposición bien hacia la lujuria o hacia el incesto, bien hacia la crueldad. Pero más que todo ello, abundaba el tratado en descripciones de manos y, entre ellas, mi amo estudiaba la propensidad hacia el homicidio signada en el monte de Marte con un pequeño cuadrado. En vano esperó toda su vida descubrir por la mano a un asesino, pues sólo se le solían allegar cortabolsas y ganapanes dados al celestinaje. Empero, muchas veces acertó en cuestiones de mujeres y apegos incurables. Ayudó a empreñar a una con la ayuda de un fraile que preparaba letuarios de zarzaparrilla. Andaba explicando el mal de madre a las doncellas afligidas, cuando el fraile se le desvaneció rumbo a Guatemala.

Toda clase de materia singular residía en este tratado neolatino que mi amo se esforzaba en trasladar a la lengua castellana. Menudeaban en él, por caso, algunas predicciones sobre el futuro de España y de su imperio, en abigarrada mezcla con menciones de astrólogos del pasado que tuvieron desastrado fin en razón a su trato con hombres poderosos a quienes, hablando mor toscano, desplazía todo augurio adverso a la adquisición de fortuna o al acrecentamiento de la propia. Mi nuevo amo supo entonces, llegada su traducción a esta parte del tratado, digo que supo entonces, por ingerencia de una india de sueltas y amplias carnes con quien había trabado conocimiento, conocimiento de tipo no muy católico, de lo acontecido a los indios tepeaqueños con Montezuma cuando fueron a llevarles las plantas dichas, y de lo que aconteció a Botello con lo de Cortés y la Marcaida, y resolvió no tener trato mayor con poderosos, si fuera el caso que por azar del destino se le allegaran. La necesidad llevóle empero a darse a leerles las manos a trueque de comida a las pobres gentes con que se trataba. Pese a toda su anterior prevención y su veteranía en estos asuntos y otros semejantes, cayó en desgracia por algún tiempo, siendo encarcelado y amonestado, para luego ser dejado en libertad, sin mayor daño. El *Taisnerio* que él llevaba traduciendo quedó en poder de la Inquisición; mi amo se deshizo por un tiempo del original, que

puede que esté hoy en algún archivo catedralicio o en poder de un monasterio. Dejo que se dé la noticia como la recoge la investigadora Margarita Peña:

El Santo Oficio siguió proceso entre los años de 1581 a 1584 a Pedro Suárez de Mayorga, natural de Sevilla y vecino del pueblo de Tepeaca, en el obispado de Tlaxcala, “por supersticioso”, ya que en su poder se halló un tratado de quiromancia, astrología, numerología y artes divinadoras, códice que aún se guarda en el Archivo General de la Nación en México. El *Taisnerio* no era, sin embargo, más que una traducción de una obra monumental escrita en latín por el belga Joannes Taisnier, publicada en Colonia en 1562 bajo la protección del poderoso banquero Jacobo Fugger, y embarcada de contrabando desde España a la Nueva España junto con varias otras lecturas prohibidas. Su traductor español echaba las cartas y predecía calamidades, según las supersticiosas lecturas de manos que hacía por los pueblos de la sierra de Tepeaca. No le fue hallada mayor culpa y así, a poco más de un mes de encarcelamiento, fue dejado en libertad con todos sus menguados bienes, siéndole retenido solamente el *Taisnerio*, librito que llevaba, entre otras varias cosas escritas en sus márgenes, una protesta de fe en la Divina Providencia de Nuestro Señor, amén de unos pocos malos versos, incluido un soneto “a la ropa” sobre el estado de un alma desvestida de la gracia salvífica. No se le encontró ninguna otra escritura (ni su Biblia genovesa que leía a escondidas). Tampoco, por más que se buscó, se halló libro alguno en su casa, dejando de lado alguna obra piadosa, aunque era público que leía la *Diana* de Montemayor y otros libros pastorales y de caballerías.

Al menos, así lo atestiguó la joven esposa del capitán sevillano, escoltada por su negrillo, por el soldado casado y la treceañera embarazada y soliviantada.

Quedé, pues, emparedado entre los bloques de la casa que por entonces se había podido, por fin, comenzar a construir ése, mi segundo amo, Suárez de Mayorga, quien antes de que llegara a buscarle el Santo Oficio tuvo la maña de ocultar la petaca y a mí dentro de ella. La Inquisición sólo dio con copia del *Taisnerio* en traducción hecha por mi amo, como tengo dicho en otra parte (el original se le halló luego a un fraile). Como su manutención deste mi antiguo segundo amo dependía de los grabados y signos del *Taisnerio*, puso asaz cuidado en transcribir parte no pequeña dél al interior de mis tapas y es así que en mí fue agregado este nuevo material al de Botello.

Verdaderamente, empero, no volvió a atreverse a leer manos sino a los de su familia, como se verá.



Ya entrado en años, pero no falto de algún vigor ni de cortesías, casó con una viuda, hija habida de un capitán extremeño en una india tlaxcateca en legítimo matrimonio. Ella era de color marrón claro, nariz aguileña y pecho ancho, aún no en la treintena y sí muy seria, tanto así que digo sería de nunca hablar. Una vez casada, se entregaba a él, eso sí, con bruscos redobles de su extendida pelvis en diapasón invariable y, para él casi dolorosa, a redobles también de impasibles palabras. Mascullaba en náhuatl y periódicamente tamboreaba, con las sílabas más cortas y entrabadas, ritmos feroces sobre el cónico hombro de él. No le dejaba que la mirara en la cara hasta que terminaba el tamboreo. Tampoco le dejó tranquilo una sola noche hasta sacarle varios hijos de los riñones. Así mismo, pero sin sacarle ninguno, había marcado por doce años el paso por el mundo de su anterior marido.

En honor de Luisa Xicotenga, quien fuera primera mujer de Pedro de Alvarado, si no me falla la memoria, la esposa de mi segundo amo hízose de llamar Doña Luisa y vestía a la usanza española, salvo sin ceñidores ni cintos y con el canoso pelo acordonado de rojo y largo hasta las canillas. Diole a mi amo tres hijos, de que murieron los dos primeros de viruelas salvándose un tercero, y dos hermosas mellizas a las que, por mucho que se afaná, no pudo dotarlas mínimamente ni, por ende, hallarles buenos maridos. Y así hubieron de entrar a un convento, algo a su pesar dellas según fue cosa manifiesta. Corrieron rumores de que la una al parecer estaba empareñada, que luego, en llamando a la Madre priora, fue probado no cierto. El menor de sus hijos varones, el que ayudó a entrar a las hermanas al convento de recogidas, fue fraile dominico y, en tanto vivió en Tepeaca, estuvo adscrito por un corto tiempo al Santo Oficio, dada su fama de varón muy recto y piadoso. Éste era un hombre de enjutas carnes y de muy pocas palabras, salvo grande lector de cuanto cayera en sus manos, muy caminador, la color entre cenicienta y blanca, mas rojizos la nariz, los belfos y el cabello. Nunca había tenido mujer ni grandes deseos de tenerla y no más de cinco veces pecó de incontinencia, confesando cada una de ellas.

El libro de la petaca fue entresacado de la pared de ladrillos o bloques de la nueva casa que construyó éste mi amo segundo para su familia y muchas veces

leído por él y por éste su aprensivo hijo y llenado de comentarios glosados sus márgenes. Había crecido, desde que salió de las manos de Botello, con los apuntes y transcripciones del segundo amo sobre el *Taisnerio* y con ciertas anotaciones de su hijo dominico sobre filosofía hermética —poco más que comparaciones entre los dioses grecos y romanos de antaño, por un lado, y los personajes de la Biblia por otro— aparte de un adendo sobre deidades tlaxcatecas hecho de mano y tinta del hijo. En verdad, más desgracia le hubiera traído al fraile domingo ser sorprendido leyendo su biblia impresa en Génova que el mismo *Taisnerio*. En verdad el contenido de este último no podía llamarse herético, ni tampoco era lo suficientemente misterioso como para justificar tantas precauciones. En verdad, peores cosas leían los Oidores sobre lo que hacían y harían siempre los poderosos.

El librito no era más que el pobre y reducido legado de un puñado de hombres sin suerte ni patria fija que se empeñaban en buscarle un misterio a su simplicísima vida. Cual ellos, era un acopio de borrones ininteligibles, una maraña de signos punzantes migrando de aquí para allá en sus páginas, escritos de diverso puño y en tintas diversamente coloreadas. En el año de 1650, habiendo muerto mi segundo amo hacía ya unos treinta años, este fraile, ahora su único hijo que quedaba, decidió irse de Tepeaca —o Segura de la Frontera como entonces dieron por mentar ese lugar— por ir a predicar la fe a los indios de las Californias, decían unos, mas por muy otras razones a saber. Ya no era dominico sino franciscano. Había tenido ciertos problemas con la orden de predicadores y le costó no poco trabajo que le aceptaran los frailes franciscos y le dieran nuevo hábito. Terminó, tras pasar unos años en la Nueva Vizcaya, en una misión de la Baja California, a la espera de ser trasladado. Siempre.

Como todas aquellas tardes de recogimiento entre penumbras, aquella en la que el antiguo fraile dominico salióse era una tarde de polvorienta falta de quehacer, cuando ella también, la parda tierra, se asentaba.

Pero no todos se disponían para el sueño. Divisó, a pocos pasos, unos nopales cargados de rojo fruto y un par de mestizos no tan blancos como él. Los gruesos cabellos rapados sobre las sienes y las orejas, casi desnudos de cintura para arriba, disputaban entre sí, y una india joven, de manta rayada, a duras fuerzas retenía a uno de ellos por los jirones de algo blanco que no se distinguía si era huipil o camisa, mientras el otro se tambaleaba con un puño en alto; poco más allá, lo que parecía ser un grupo variopinto se entretenía al son de una guitarruela gangosa, las plantas de sus pies se tostaban junto a la fogata de un caldero lleno de un engrudo blanco humeante; sobre sus cabezas sombreros o gorras de fiel-

tro y, en sus manos, platos de comida servidos por la otra mujer del grupo, una india conocida pero poco agraciada, con su cara larga y sus pechos largos y caídos agrietados en los pezones fuera de su túnica rayada y fuera de sí los ojos achicados del pulque y la lujuria. Recordó haberle dado confesión a la mujer, escuchando impasible el rosario de fornicaciones que negara su cuero bajo la amplia túnica rayada. Iban todos descalzos. Al lado de la nocturna fogata, olía a pulque agrio —como se ha dicho en mi página primera— a saliva espesa y a dorado mezcal. Salía un poco de luz de lámpara de aceite de dos de las casas de bloque y techo de paja, una de ellas con una pequeña elevación que marcaba la presencia de su familia, Suárez de Mayorga, aunque sólo quedara ya la madre de otrora cinco hijos, la sin-nietos, la de piel de pergamino, de piel de venado tamborilento. El polvo pardo del suelo se adormilaba, la brisa era cómplice y el último vapor de luz llenaba los rincones y fisgaba bajo el alero del techo del pequeño convento donde sólo sonaba el metal de la campanilla, del soso puchero y de los nudos de disciplina monjil.

Los lomos de los montes estaban al acecho y se los pintó en su imaginación erizados de castillos como en las estampas que había visto de la España de Santiago. Sobre ellos se le parecieron las figuras del pasado domingo y recordó el círculo de emplumados danzantes aztecas y a los volatineros enmascarados. Muchísimos años atrás, siendo niño, había visto a uno de ellos volar en mil colores y desprenderse fugaz del amarre para depositarse, casi sin chillido, bajo los cascos de la comitiva de recepción del nuevo virrey Fray García Guerra, el que moriría envenenado cuando se alzaron los negros con su mulata reina, el que se fue pudriendo lentamente en 1612.

Recordó asimismo la expresión indómita tras la reja del convento, días ha, en una de sus hermanas, la preferida de su padre, la blanca de ojos negros y expresión desbocada, mientras que en el anhelo del terreno rostro de la otra, desprovista por mor propia de una virginidad que pudiera dar algún sosiego a los muchos años de encierro que la aguardaban, se sugería un peso inadmisiblemente deleitoso, irrenunciable.

La memoria le puso ante sí también el polvo estampado por los cascos del pesado alazán blanco del nuevo capitán, su capa roja al viento, su sombrero negro inmóvil, como el del Inquisidor General que le había procurado la capitania, su traje de doble brocado y la cabeza de bigotes tiesos virada hacia él, hacia su facha de dominico indiado, mirándole fijamente mientras atravesaba a galope el pueblo. Rezagada, intentando ir a su lado, en una yegua zaina, una mujer mestiza y pelinegra de divinos ojos aztecas y fino rostro orlado por las plumas blancas

de un sombrero, las ondas del cabello ahuecándole las sienas, descubriendo las perfectas orejas de que colgaban ristras de perlas, casi hundida en su vestimenta esponjosa, de blanco y colorado como la del volatinero. Doña Beatriz Maseztcasi. Había leído la mano de ésta, olorosa a flor de guayabo, suave y coloreada como la tierra, una tarde en que los mismos ojos suplicantes le habían buscado. Había visto los mismos ojos suplicantes y oscuros de noche estrellada y primer sueño, yermos de conocimiento, encendidos de constelaciones ignotas, en los de la niña precoz de la alquería de San Miguel de Nepantla, ojos vedados a los libros de imaginación los de esta pequeña Juana Inés, como lo estaban los cansados ojos de él. Y ahora sentía miedo de que lo que su padre le había contado volviera a hacerse verdad en su persona. En pos de un espacio descalabrado, de un horizonte más despejado, emprendía ahora el camino hacia el Norte en ese año de 1650.

Vio reflejar en un cántaro semivacío de agua pero lleno de estrellas, su delgada faz, cargada de una nariz grande, rojiza y colgante sobre una boca ajada y una barba rala, dejando tras sí el último guiño de sus ojos a su pardafacha entre las recogidas ondas del jarro. Quisiera tener una cara lisa para dejarla entre las imperturbables aguas del círculo de loza del pueblo, la fuente que quería ser sevillana, salida de las manos del primer Suárez de Mayorga. Por unos segundos le persiguieron los adjetivos con que le había descrito su hermana mayor, cuando iba a llenar su cántaro de mañanita. Le centellearon en el agua sus ojos negros. Le urgió por primera vez unirse a ella, sembrar en ella, anegarla. Habría que raptarla o escapar. Y escapó.

Caminaría solo hasta unirse en el próximo pueblo, al trasponer los maizales, a la comitiva del nuevo Provincial de la orden franciscana recién llegado de España. Descalzo, con gorro y pluma, el hábito anudado a un cansado hombro que ha rebasado la cincuentena, emprendió el camino del Norte, solo, cuando las estrellas empezaban a centellear en la sangre de los frutos de nopal. Pero con él llevaba la petaca plena de historia del lugar y plena de un conocimiento escrito a tres manos distintas.

Tan ocupado como está en recordar el *tour* que le dio a Felipe, príncipe gallardo de las Asturias, un puñado de años antes de que entrara el nuevo milenio, las curtidas manos de Francis Weber tal vez no me conocen y, si por casualidad sus astutos ojos de “misionero” me vieran, no me reconocerían bajo las (hoy) gastadas tapas rojas que hace más de un siglo fueron refulgentes y lisas como frutas frescas, cuando rebosaban de letras doradas por fuera y semillas negras de sapiencia por dentro. Fui encuadernado por mi antepenúltimo amo en 1783, fecha en que nació Simón Bolívar el Libertador, precisamente los cuatro dígitos cuando el Tratado de Versalles dio la Independencia a las trece provincias americanas de Inglaterra.

Mi amo de ese año postrero era un fraile, un franciscano, en la Alta California. En el interior de la contraportada escribió con tinta metálica color de humo *El Taisnerio* y añadió, con su letra picuda y agresiva, de fraile levantisco y descontentadizo, una breve historia a tres páginas sobre las andanzas del otro fraile: el aquél que salió de Tepeaca a pie, llevándome en la petaca y sobre las del fraile coleccionista que dio con ella y murió con un raro amuleto al cuello pese a ser español de pura cepa. Quizá algún día cuando Monseñor ya casi no pueda abrir sus ojos replegados, quizá por rebatir a alguna indianista anglosajona, experta en la “opresión” que fue llevada a cabo en las misiones franciscanas de la Alta California, quizá por fin envíe a alguien a investigar los insondeados fondos documentales de la biblioteca Huntington de San Marino, porque quizá esté yo allí, donde reposan a la quieta sombra de los sótanos decenas de miles de pliegos multiseculares escritos en español. De fraile en fraile, he perdido la ruta y no me enrumbo.

Yo no sé exactamente dónde estoy porque me rodea la oscuridad y el silencio. Pero a fuerza de ciego, tengo habilidad de conocer por el olor o por el tacto y sé cuándo se me acerca un buen lector; lo sé por cómo me huele, cómo me toca y cómo me habla.

Fuimos comprados en legajos, incluso en bolsas y a peso, por las manos

apergaminadas de uno que olía a queso rancio y sonaba a flema, un millonario neoyorkino, divorciado de mujer e hijos, aburrido de ocuparse de los negocios familiares de trenes transcontinentales y tranvías rojos de la azul bahía de San Francisco. Largamente dedicado a comprar obras de arte, manuscritos, mapas antiguos y terrenos fabulosos, se volvió a casar, al fin de la vejez, con la que desde hacía décadas era viuda de su tío —lo hizo con el único propósito de continuar su labor de coleccionista y mecenas. Se casaban dos ancianos millonarios.

El difunto tío, que no había sido el primer esposo de ella aparentemente, no era otro que el viejo Collis Huntington, quien construyó la fortuna de la familia en el área de Long Island, New York, cerca de la casa del poeta Walt Whitman. Esta mujer, pues, segunda esposa del sobrino, el “joven” sexagenario Henry Huntington, arrimó al matrimonio la mitad atlántica de esta enorme fortuna. Arabella se llamaba y también sobrepasaba la sesentena, aunque aún estaba de buen ver. Era coleccionista de arte americano y la única vez que oí su voz, altiva pero con un susurro íntimo, decía extasiada: *“Chimborazo! That is my best one!”*, y me rozó un olor a gardenias con el borde del encaje de la enagua de seda negra sobre el piso.

Yo, en cambio, seguí en mi caja por no sé cuántos años y ella terminó por enviudar.

A la enlutada, miope y gruesísima dama, al parecer no le había faltado, en su época de soltera joven, el latido que la llevó a los brazos de un misterioso seductor “hispano”, español o mexicano (nadie se atrevía a mencionar el sinuoso tema), que quizá no era sino un apostador de cabello negro y bigotazo, de esos que pululaban por Virginia y Charleston después de que el Sur quedara vencido y desolado por las tropas de Sherman, el carnicero de Atlanta. Y muchos blancos pobres, sureños, quedaran a la deriva. Con sus hijas solteras. La que más peligraba era, como siempre, la mujer hermosa. Pero esta hermosa joven de boquita virgen y ojos de pecadora, que no había conocido varón pero guardaba una promesa de desplome en su alta y recogida melenaza negra, esta hermosa Arabella, era una mujer inteligente. De esta efusión juvenil de Arabella, previa a su primer matrimonio con el primer millonario Huntington, había nacido un niño. Arabella traía consigo a la “hacienda” de Henry en la californiana San Marino, que en pocos años convirtieron en un museo-parque-biblioteca con su bicostero apellido, a este hijo de un misterioso primer “matrimonio”, a quien había educado en el amor de los clásicos, sin excluir a los muchos y muy precozmente transoceánicos clásicos de la hispanidad. El hijo de Arabella, el “muchacho” Archer Huntington,<sup>2</sup> tenía cincuenta años y seguía soltero.

Así pues, dice la historia y cuentan las buenas lenguas que Archer Huntington, el hijo de Arabella con el “hispano”, a falta de profesores adecuados en su país, se educó a sí mismo como hispanista; publicó varios artículos y libros; editó y tradujo *El Cid* al inglés; fundó la Sociedad Hispánica de Nueva York, poco visitada y menos conocida pese a su Goya y su Velázquez; recibió un doctorado honorífico por la Universidad de Harvard y, durante su infatigable paso por la mansión-museo-parque-biblioteca construida por el padrastro-primo Henry Huntington, adquirió y conservó una cuantiosa colección de documentos y libros de la colonia, algunos de ellos verdaderos incunables: una edición primera de *Los Comentarios Reales* del Inca Garcilaso; una traducción al inglés de la *Historia Natural* del P. Acosta casi simultánea al princeps; una carta de Colón manuscrita por su hijo, una extraordinaria carta portolana del Caribe en 1503 de Juan de la Cosa y de su misma mano; unas pocas carpetas de casos de la Inquisición mexicana; muchísimas cartas de los franciscanos de las misiones de California; correspondencias enteras entre el Conde de Aranda y el de Floridablanca con el insurrecto americano John Jay; cartas de José y de Bernardo de Gálvez en la Luisiana, algunas comprometiendo en oro la ayuda a los rebeldes contra el imperio inglés y varias otras cosas.

Y aquí entro yo también.

- 
2. Archer Huntington, hijo de Arabella y un apostador de identidad dudosa. Gran hispanista. Fundador de la Hispanic Society de Nueva York.

Arabella lo tuvo a los 18, madre soltera muy probablemente. Ella luego fue por 15 años la amante de un viejo millonario casado, Collis Huntington, el constructor de la red ferroviaria de costa a costa de Estados Unidos (Pacific Railroad). La mujer de Collis estaba enferma y Collis se llevó a Arabella para que la cuidara y para que viajara con ellos. Cuando Collis enviudó se casó con Arabella, a la que llevaba 30 años. Cuando Arabella enviudó de él se casó, a los 63 años para aún muy de buen ver, con el “joven” sobrino de Collis, que la llevaba solamente un año pues tenía 64, y que como ella se había pasado una vida mal casado. Henry llevaba años divorciado de su primera esposa, y se había trasladado a la otra costa de EUA para expandir los negocios de la familia y encargarse de ellos. Pero estaba solo y aburrido y echaba de menos a Arabella a la que por tanto tiempo había tratado.

Henry y Arabella se casaron, sexagenarios, a fin de unificar las ramas de las dos costas, Atlántica y Pacífica, de la fortuna Huntington. Henry nació y creció en Nueva York, pero se enamoró de California, se compró el Rancho San Pascual, cerca de Los Angeles, y se quedó para siempre en la costa oeste. Sólo pudo gozar del nuevo lugar por un puñado de años y murió. Arabella lo siguió a los tres años. El mausoleo de ambos sirvió al arquitecto de modelo para diseñar el monumento conmemorativo a Thomas Jefferson (Jefferson Memorial) en Washington D.C.

Arabella fue gran coleccionista de arte “americano” y adquirió, de su propio y amplio bolsillo, el maravilloso cuadro sobre el volcán ecuatoriano Chimborazo, lo más costoso de su colección privada. Aquí en las imágenes anexas, va la Arabella, de joven (madre soltera), de mujer madura (casada con el viejo Collis Huntington) y de “vieja” recién casada con el “joven” sexagenario Henry Huntington, sobrino del anterior.

Cierta colección le fue vendida por alguien cuyo idioma nativo era el español, no sé si ranchero “californio” o mexicano, una de las últimas autoridades del período de transición cuando California pasó en menos de una generación del poder español, al californio, al mexicano y al angloamericano. Archer Huntington, nunca ocioso, como buen anglo, siempre motivado como buen hijo de hispano, era un hombre de presencia aristocrática, pero en absoluto autocomplaciente, sino de disposición abierta y explorativa; olía al mejor tabaco y cada tanto cambiaba a una nueva picadura; tenía voz de barítono pero siseaba el final de las frases dejándoles un rumor de hojarasca lejana. Sin embargo, por esta oportunidad, sus largos dedos no acariciaron mis pliegos pues confinó al último rincón de un montón de cajas el baúl en cuyo fondo estaba la petaca y dentro, crecido y maduro, estaba yo.

Porque yo crezco con el toque de cada mágico dueño, con su aliento y el aroma a sudor de sus dedos, con las manchas de comida sobre mí y el gotear de las velas, el parpadeo de las bombillas, el flujo de la electricidad en el teclado.

El fraile levantisco y descontentadizo había hallado un extraño zurrón de piel de perro entre las pertenencias del indio Sebastián, muerto a la vuelta de una expedición del capitán Juan Bautista de Anza, a la que el indio años ha se había unido evadiéndose de la misión de San Gabriel Arcángel en la Alta California, a media hora por autopista de lo que hoy es la macrópolis de Los Angeles. En ese entonces, el indio Sebastián había optado por irse con la tropa, porque conocía mejor que nadie la diversidad de climas y terrenos entre esta misión y la que se elevó en Monterrey al norte. Hacia allá se fueron todos, encabezados por otro fraile descalzo que portaba un banderín singular: de un lado el santo de Asís con los ojos volteados hacia el cielo, del otro lado el demonio envuelto en llamas, la mirada fija al frente, las fauces desencajadas y la lengua colgando. Los indios algo mascullaban; las indias la miraban y reían.

Nadie se enfermó durante el viaje; ni siquiera cuando se acabó la vitualla y hubieron de comer lo que conseguían los sudores de Sebastián, cazador de osos y tan eficaz hallador de ranas que bien pudiera haber adquirido un apellido. Sin embargo, a la vuelta de San Francisco, como fue bautizado el sitio y la nueva misión junto a la vaporosa y esplendorosa bahía del Pacífico, no se le retuvo sino que se le soltó sin mayor compensación.

Corrido entre los suyos, afrentado entre los soldados, atemorizado de la represalia que contra él pudieran tomar los frailes sangabrielinos si hubiese llegado a acercarse, posibilidad que nunca sopesó de veras, Sebastián ensayó de volver a los pardos montes sin árboles, a vivir de sus camotes, agaves, bellotas, nopales, de sus osos y peces, de sus duras manzanitas nativas y de sus blandos lagartijos. Ocasionalmente encontró sombras junto a las cañadas o riachuelos, y allí semejanza de piñones. El hambre le abrió mil ojos, que no tanto el alimento su árida boca. Sin palabras de ninguna lengua ya, descargado también de manjar alguno su paladar, caminó días y días en busca de conejos o de frutas. Se había malacostumbrado a la comida frailenga.

Por lejanos y, a efectos del ganado de la misión, por escasos, le estaban negados los verdes sembradíos de grano silvestre, salpicados de frijoles y calabazas,

los campos agrestes que habían pasado desapercibidos con todo y sus zanjas y regaderas a los ojos españoles, entrenados a ver cultivo indio sólo en simetrías como las de las ordenadas hileras de maizales de México. Pero no dejaron de ser notados estos campos semiagrestes por los nuevos y enormes animales que balaban y mugían llenando de pesados pasos los predios del tenue ciervo, llenando de grumoso y blanquecino jugo entrañas indígenas como las suyas, de humillantes gases la pompa de su calabazudo calzón de indio gabrielino.

Con todo y todo, penaba por volver a escuchar, no las campanas que marcaban el comienzo de un largo día de trabajo, ni la rueda del molino o el palmetear de las tortillas en las manos de las mujeres, sino la música, los vagidos lacrimosos frente a la negra imagen de Nuestra Señora la Dolorosa cuyo volteado rostro le recordaba al de la huesuda y orejuda Toypurnia de los pechos insumisos, la que guió a los indios contra los frailes. ¿Qué habría sido del primer indio pintor de la Alta California, de Antonio de las Rancherías? ¿Qué habría hecho el padre Antonio Cruzado, al terminar de diseñar la misión del arcángel Gabriel como si fuera su mezquita cordobesa, con las estaciones de la cruz pintadas del indio Antonio por él bautizado? ¿Habría catado F. Antonio que la Magdalena, pintada con media sonrisa, morena y vestida de verde, era tal cual Toypurnia? La Virgen llevaba el peinado y el collar blanco de Doña Eulalia Fagés cuyo caballeroso marido fue más que disfrutado por la india en la misión y fuera de ella, antes y después de la capitania. Extrañas cosas habían pasado en la misión. Encerróse Eulalia en una celda a gritar que ella era una noble catalana; enfermóse Pedrito; dejó de cabalgar el apuesto Don Pedro a su nueva sirvienta orejuda; intervino apesadumbrado hasta la muerte Junípero Serra con las pocas fuerzas que le restaban y las doce pintadas estaciones del vía crucis signadas AD desaparecieron de las paredes de la iglesia. En una de ellas Antonio de las Rancherías le había pintado a él con las manos en la cruz, ayudándola a llevar al caído Jesucristo. “Ese no soy yo”. “Sí lo eres”. “Pues píntame con la cuchillada en la cara”. ¿Qué quedaría de todo ello? Y él, aún sin nombre propio, ¿qué quedaría de él, qué de su nombre? Sebastián de los clavados y de los ensaetamientos gozosos, Gabriel de los osados osos, Ángel o arcángel de las ranas, de las ramas. Sebastián del gran cuchillo, el eficaz, el explorador sin miedo.

De unos indios Kumeyaay y de sus valles de maíz —quizá tomado de los Pima de Arizona, quizá del que los frailes trajeron de México— poco pudo obtener a efectos de manutención, en verdad. Por salvoconducto de una sangabrielina que, pese al recato y encerramiento que, como a todas las indias jóvenes, le im-

ponían los Padres, alguna vez le había concedido yacer con él mientras el fraile de turno se alejaba tras unas matas a hacer sus necesidades (este indio era varón que importunaba directa y repetidamente sin adornar para nada sus propósitos, sino sabiendo escoger a la compañera con una sola palabra, midiendo la urgencia, el terreno, el momento y sobretodo sabiendo satisfacer lo básico en vertical, horizontal o diagonal, pero siempre sin embarazar), pues por salvoconducto de una sangabrielina que desde ese día le brindó una cadena de semejantes asaltos, se llegó hasta el vallecito donde plantaba su grano silvestre un indio Kumeyaay que otrora fuera marido de ésta y luego escapara también de la misión San Gabriel, sin querer ocuparse más de la mentada, retozona y bienbrincona, mujer. Los Padres le habían reconvenido a menudo, pero el de él, como otros pocos matrimonios celebrados entre indias de misión e indios tras-humantes, no estaba de durar.

El siempre soltero Sebastián se las ingenió para no alarmar al Kumeyaay y se cuidó de no mentarle los arrobos de la encerrada mujer que salía a llenar su jarro en la cañada. A cuenta de sus trabajos con De Anza, habló y comió por unos pocos días con el otrora escapado. Cuando nada restó por mascar o mascullar, se fue una tarde por donde había llegado; más confundido tal vez, hermanado de un modo extraño con el Kumeyaay como si ambos hubieran salido al tiempo de la misma hendidura de la tierra. Unos minutos antes de irse, se acordó súbitamente de un pasaje de la siembra de naranjos en la *Historia verdadera* que le había leído uno de los Padres el día en que trataron de plantar un granado junto a la fuente de la misión para que hubiera una poca sombra sobre los cuerpos sudorosos y, así, decidió dejar algo suyo en este valle entrecruzado indistintamente de frijoles y de grano silvestre cual trigo enano. Se quitó presto una medallita de San Francisco que llevaba al cuello por recuerdo de su expedición, una medallita de plata pura, y se la dio al Kumeyaay. Éste la miró por un breve espacio de tiempo en la palma de su mano virgen color de tierra, donde nunca había posado algo que brillara. Luego, el fugitivo de Francisca de las Rancherías volvió sus pasos sobre sí y desenterró frente a su choza a una figurita sagrada de barro cocido cuyos ojos fascinaron a Sebastián porque no los recordaba para nada y, sin embargo, se fantaseaba que venían a verle desde muy lejos. Se la puso en su mano hasta que le pincharon los picos de seno de ésta y le dio la espalda sin mayor palabra. Sebastián estiró y estiró al camino, que parecía pegársele a las alpargatas, hasta que un recodo del monte lo apartó para siempre del valle de grano silvestre del indio Kumeyaay. Apretando la figurita en la mano, Sebastián supo que siempre sería solo.

Se acercaba el encuentro con una decisión visceral y decidió prologarlo de un

largo caminar por paisajes perfectos. No la monotonía de cadenas montañosas interminables y de espacios interminablemente verdes, sino el coro altiplanado de voces que oyó desde su atalaya: unas sopladadas desde el desierto como aliento de puma, unas fluyendo claras y frías desde las arrugas de los desarbolados montes de vellón castaño, otras golpeando ala de halcón como las rocas cuando la lluvia las desploma desde el tope de las montañas de bola de granito al mediodía; la brisa templada; peces cascabeleando cielos de lluvias; los desgarrones de nubes se enredaron en la punta de los pocos eucaliptos de la misión en noches musicales que acariciaban su garganta con dedos de arpa. El ansia por oler las palmas amasadoras de Francisca en vez de su cuerpo siempre repleto y siempre horadado. Llovió y secó. Pasaron las dos estaciones de la tierra sobre Sebastián, el indio peregrino a punto de impacientarse. Y cantaba “Arrieros semos, puede que en el camino nos encontremos”, o cantaba

*Por ver si me consolaba, arriméme a un pino verde  
por ver si me consolaba,  
por verme llorar lloraba,  
y el pino como era verde, por verme llorar lloraba*

No se acordaba de cómo seguía la canción del padre asturiano, ni la “de los álamos vengo, madre, que los álamos peina el aire”, pero se le antojaba que entre los álamos estaba otra Francisca que le explicaría todas las cosas y le acariciaría como una madre. Saltó las montañas pardas, salpicadas de yerba-buena y de pájaros sin árbol; palmeó las aguas rocosas para que saltaran los peces hacia el solitario sol; silbó a los halcones que rayaban cada silencioso mediodía; saboreó las lágrimas que su hundida y seca boca sellaba. Serían muchos meses antes de que cayera de nuevo la lluvia que hace brotar muñones de sabrosa sangre púrpura a las nopaleras que tenía adelante. Del bolsillo del calzón sacó una tortilla doblada en cuatro y un pedazo de pata de conejo medio chamuscada.

De vuelta hacia el camino a la misión, pero sabiendo que ya no podría de verdad volver a ella, se estacionó pensativo en la ladera de un monte venteado por los últimos soles, avistando, a pocos cientos de pasos, una cañada sin nada vivo en ella. Se le antojó extraño no ver a nadie y trató de recordar y buscó en su librito de estampas si era día de celebrar algún santo. En vano miró hacia arriba y abajo y en torno suyo. Le hubiera gustado ver chapotear y chillar a los patos. No hubo de eso. Una hora más de caminar, o dos, o tres.

Veía, a lo lejos, una mancha vegetal de diversos verdes que parecían salirentar unos de otros y un hilo de agua asoleada que apuntaba hacia una pared nítida y firme, cortando la luz con arbotantes como la mezquita cordobesa

que el fraile arquitecto le había mostrado en un libro preciadísimo por toda la comunidad franciscana. Sonó una campana y luego otra y otra y por fin muchas. Volaron los campanazos como ángeles en un aire claro. No supo ya si tocaban a Maitines o al Angelus o a qué pero, quizá por tener una rodilla en tierra y el sol sobre el quemado pescuezo, le vinieron a la mente docenas de caras como la suya, tantas palabras maliciosas, fugitivas del español frailuno, dichas de rodillas y con el vapor de las blancas tortillas entre los diz-que “oscuros” pechos que se apretan para amasarlas y el sudor de tantas manos en el aire. El padre que se seguía alarmando cada vez que veía amamantar. Cante Padre eso que me gustaba, que yo voy a ir únicamente para oírlo a usted cantar solo. Gracias por la medallita y perdone que se la tuviera que dar a un indio descalzo, pero recuerde padre que usted mismo me dijo que hay que mostrarse agradecido con los que te dan de comer, con los que te enseñan a cantar sollozos como me enseñó su merced. Ahí le voy padre; ahí le llega el famoso guía del capitán Juan Bautista de Anza, el indio protegido de nuestro padre San Francisco y del glorioso San Sebastián. Perdone. Páseme un plato de esas lentejas de su tierra que no me gustaban nada. Tómese esta figurita india de ojos atravesados y senos picudos de mujer y póngala en su colección y récele para que venga a visitarlo la fantasma irreal de Toypurnia o la masa real de Francisca la bienamadora de lengua chilosa, en esa figurita que los dos sabemos que esconde usted en su colchón de paja, la de las puntas de flecha de obsidiana y los pedacitos de loza y de conchas brillantes. Y póngame a mí también ahí pero, ya que en carne y hueso no debo, pues hecho de barro, como en figura de hombre pero con bulto de indio, insensible a las heridas como San Sebastián. Soy tal vez como uno de esos bandidos malhechores crucificados al lado de Él, que pintaron con cara de españoles los indios sangabrielinos a falta de mayor saber o a falta de mejores estampas de las estaciones de la cruz. Soy tal vez como uno de esos diablos color de tierra que tentaban a Nuestro Señor cuando se retiró solo a orar por cuarenta días. Soy un habitante del desierto. No me dé sino canciones y comidas. O mejor mándeme a alguna india que no cante ni que rece demasiado. Estoy hambriento.



Pero el padre coleccionista dio a Sebastián —no esa vez sino al amanecer del día siguiente— una imagen de la Dolorosa, una oración a San Sebastián, un bolso de semillas y otro de diverso grano, y un zurrón de piel de perro; adentro, una petaca con un librillo, para que llenara de letras y números los huecos de agua de los desiertos y los topes de las montañas. Un librillo que ya le ardía a este fraile último en la mano como diciéndole “deshazte de mí cuanto antes”. Enfermo de hace muchos lustros, cuando iban a enterrar al padre coleccionista, vestido como San Francisco de su pobre hábito, un fraile levantisco y descontentadizo le encontró la figurita india de ojos extraños amarrada en torno al grueso cuello tapado por la tela marrón de la caperuza en el amortajado, compañero de religión. Se la arrancó como prevención, antes de que llegaran los demás, y la escondió. Luego de ayudar a enterrar al antes coleccionista, salió su hermano de hábitos a través de la tierra seca, en compañía del indio Pascualillo, hasta que dio en la punta del monte con el sitio exacto donde debería conocer al huesudo indio Sebastián del zurrón de perro y, en vez, encontró una cruz y un mal labrado campo con intentos de maíz, lentejas y tomates, y los podridos restos de muchos meses de uno roído por los pumas. Volvió a la misión sin enterrarle, sino dejándole así sobre la roca, con su estampa y su saquito de lentejas. Con las tapas más rojas y más doradas de letras que consiguió vistió al librillo bajo la luz de una vela antes de sumergirlo de nuevo en la oscuridad. Antes, lo leyó de cabo a rabo sin entender ni la mitad de lo que decía pero sintiendo su angustia de libro vagabundo, de prófugo de varias tintas, lenguas y letras. En la contraportada, con su letra picuda de fraile descontentadizo, escribió *Penúltima parte de El Taisnerio*.

Es así que llegamos al final.

En 1804 pasó por la catedral de México un beneditino catalán de noble familia, con la orden de Carlos III e impuesto de laureles de poeta por el hijo de éste, Fernando VII. Vino a ser consagrado como Auxiliar del Obispo de Michoacán. Era Don Benito María de Moxó y Francolí, hijo segundo del Barón de Juras Reales. Era el pájaro razonador, el búho catalán, el *moxó*. Era también la salvaguarda final del Imperio español, de sus lenguas y culturas —de todas ellas, es decir, las de la Península y las de las Américas.

Al poco de llegar, tras larga y accidentada travesía, se enteró de la muerte de cierto obispo y de que ya no serviría de Auxiliar en México, sino que le tocaba ser consagrado en la catedral como Arzobispo de Charcas, provincia eclesiástica del Alto Perú recién adscrita al virreinato del Río de la Plata. Esperando los papeles de traslado, perdió la conexión con la goleta que había escogido para trasladarse a Perú. Escribía, por el momento, unas “Reflexiones para un plan de estudios formado en 1805 de orden superior para el Real Colegio de San Pedro y San Pablo y San Ildefonso de la ciudad de México”, donde hacía recomendaciones sobre los cursos de Botánica, Estática, Mecánica, Cálculo Infinitesimal y Astronomía.

Entretanto, llegaban nuevas de corsarios ingleses que “infestaban” los mares del Sur, azorando las solitarias costas de Montevideo y Buenos Aires, a dos años de intentar conquistarlas (en efecto, una vez que se hizo a la vela, se enteraron del suceso los corsarios ingleses y habrían de atacar en el surgidero de Manta, en la punta de Santa Helena y en la gran ensenada de la isla del Muerto o Santa Clara). Resignado a quedarse, unos meses más, lejos de su arzobispal destino en la región del Plata, resolvió aumentar sus ya considerables noticias sobre las costumbres y antigüedades de México.

Escogió, como buen benedictino, el tema de la música, y se adentró en el estudio de la de los indios tarascos. Sorprendentemente, emprendió el tema del suicidio también, ya que él se aprestaba a estudiarlo a la luz de una comparación casuística entre dos grupos de pobres: indios mexicanos y blancos españoles de baja extracción, los llamados zaramullos. Puede que por emular el título del famoso libro de Montesquieu, puede que del de Cadalso, puede que no, pero llamó a estos escritos *Cartas mexicanas*. Los acompañó de una *Relación de un viaje a Veracruz* (hoy perdido) y de otro escrito, el *Suplemento* que contenía sus cartas pastorales. Un par de años después, pero antes de que los sucesos de Buenos Aires (la heroica defensa de las ciudades sureñas de la acometida inglesa, más el posterior levantamiento en contra de la monarquía española) le apartaran de toda otra ocupación, a fuerza de disgustos, privaciones —singulares motines populares en donde pasaba de ser llevado prisionero por un capitán adepto a Rousseau a ser seguido sumisamente por el mismo, como paje de hacha, ante los alaridos del católico pueblo de Chuquisaca— antes de ser reducido al exilio pastoral y al silencio carcelero, añadió a las primeras, para ser enviado todo a España a imprimir, unas *Cartas peruanas* que importa dejar consignadas brevemente:

En la América Meridional, después de haber saltado en tierra en la ensenada de

Tumbes, tan famosa en todo el mundo por el desembarco de Pizarro y sus compañeros, he seguido por espacio de casi trescientas leguas el camino de Lima, apartándome unas veces más y otras menos de las riberas del mar, atravesando en distintos lugares la suntuosísima calzada de los antiguos Incas y viendo infinitos escombros de grandes palacios, de inmensas ciudades, de empinadas y muy capaces fortalezas y de infinitas acequias que serpenteaban al través de unos campos antes en extremo fecundos con el riego continuo del agua y ahora cubiertos enteramente de estériles arenas. He tenido, además, la proporción de comparar la corte de México con la de Lima y las ciudades de Veracruz y Puebla, con las de Guayaquil, Piura y Trujillo. En todas partes he notado usos, trajes y costumbres muy diversas, pero en ninguna he hallado la menor diferencia en lo que respecta a la genial inclinación de los indios por la música (Moxó citado por Rubén Vargas Ugarte, *Tres figuras señeras del episcopado latinoamericano*; pp. 69-70).

El recién llegado no cortaba una estampa particularmente majestuosa, con su mediado tamaño y su cara carnosa, de bordes suaves. Tampoco traía consigo un gran séquito y sus pertenencias todas, incluidos una treintena de libros y varias cajas, cabían en un par de baúles que montaba sobre el lomo de una mula. La costumbre de sentarse a meditar le había limado cualquier arista corporal y su suave corazón le había descargado la bolsa de los pocos dineros que había embarcado en Cantabria, y, tras ellos, había seguido el mismo derrotero la cubertería de plata con las armas de su familia carlista. Tal vez, si alguien alguna vez hubiera reparado en su rostro algo más detenidamente, habría sido sorprendido por su nariz de caballete y punta afilada y por el desdén de sus ojos, negros y corvinos como su lacio pelo. Tenía más de cuarenta años y era calmado y sentimental. Escribía cuadros bucólicos de intención horaciana pero punzados de un romanticismo prematuro e incontenible, estilo *Noches tristes*; se le escapaban alusiones al relamido ladrido de los perros en la noche solitaria, al seguimiento de los astros en medio de “el delirio de mi melancolía”, antes que el Libertador diera a conocer su *Delirio sobre el Chimborazo*. Fue además, como viajero, el antecesor del barón Von Humboldt.

Había sido profesor en el Colegio San Pablo de Barcelona y, por Real decreto, de la Universidad de Cervera. El que un día publicaría en periódicos peruanos, argentinos y españoles, artículos sobre política y religión, bajo el seudónimo de Eulogio Ornis (búho, razonadora ave), o, como “el filósofo de los Andes”, el benedictino catalán, era la primera voz de alarma hacia una monarquía Borbón inaugurada un siglo antes y ya gastada. Se dirigía a ella en español y a sus parientes en catalán. A unos y a otros alertaba en vano. Les decía que aprendieran a escuchar a los musicales indios o que ellos terminarían aprendiendo a suicidarse poco

a poco. Les decía que no despreciaran a sus hijos pardos, los más fecundos, los más genialmente armonizados, que aprendieran sus lenguas. Se empapó de ellos: leyó las calzadas de los Incas, los yaravíes y los cantos tarascos, las historias escritas por Fernando Tezozomoc y por Fernando de Alva Ixtlilxochitl, los testamentos de los conquistadores conquistados, las losas de las tumbas limeñas, los requiebros y reclamos de limeñas enamoradas y monjas algunas de ellas, las corrientes argentinas salpicadas de piratas anglosajones, el *Purén indómito* de los araucanos.

Acariciaba los papeles en que se afincaría su pluma, como si fueran los senos de la mujer soñadora de ojos negros dispuesta a entregarse sobre la blanca sábana, la hembra una y otra vez imposible. Derramó sobre ellos lo que por largas décadas había acumulado en Europa: conocimientos de lenguas extranjeras, de música, de suicidio, de teología, de botánica, de cálculo infinitesimal y de varias otras cosas. Los primeros había adquirido en el monasterio de San Cugat del Vallés; los otros, le permitían leer en sus lenguas originales a Young, a Fenelón, a De Paw y sostener correspondencia con otro afamado prusiano, un naturalista. Coleccionaba, amén de muestras de plantas tropicales, libros raros, algunos de los cuales no habían sido expuestos a ojos ajenos desde que él los adquiriera.

Avistaba desde un nido andino a los pueblos hispanos de América. Querría haber volado sobre el Atlántico para posarse en el Pirineo por última vez y luego volver entre los suyos nuevos porque ya no era español. Era hispano y era americano. Era americano pero, pesárale a Young, muy hispano.

Siguen ahora las informaciones que recogió el jesuita peruano Rubén Vargas Ugarte:

Antes de que la colección de Moxó fuera desaparecida entre los clérigos patriotas, quedando solamente un catálogo de la misma en poder de las autoridades eclesiásticas, en su biblioteca personal se distinguían: un *Quaderno del Testamento de Hernán Cortés*, ejemplar valiosísimo por ser copia única (hecha por Moxó) del original, una historia de España por el mismo Cortés, unos *Cantos de las musas mexicanas* del siglo anterior y del XVIII en los que Sor Juana era una entre varias, la oda del Conde de Revillagigedo, *La Galatea* de Cervantes, *Memorias de Tipoo Saib*, *Rebuscos del Padre Isla*, *Día grande de Navarra* y las cartas de Juan del Encina, *El Rollín*, una historia de Xenofonte, un tratado de Iriarte sobre música, unos *Establecimientos ultramarinos* de Malo de Luque, un *Diccionario Geográfico* de Alcedo, una historia de Julio César, *El Metastasio*, una *Guía de forasteros del Perú*, el *Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos hasta el Perú* de Carlos Inca alias Concolorcorvo, un *Discurso y explicación del cementerio general* de Lima por un tal Devotti, un cuaderno del compendio estadístico del Perú, una *Introducción de la historia natural de Cochabamba* por Tadeo Haencke y con dedicatoria del mismo, una colección de vaciados de estampas y otra de grabados sobre instrumentos musicales de los indios, la *Iliada*, un *Teatro de los griegos* muy manoseado de anotaciones al margen y gastado por los bordes, los *Viajes de Cook*, un manuscrito titulado *Diario de la expedición de Viedma contra los Chiriguano*s, la *Medicina* de Buchanan, la *Historia natural* de Plinio, una magnífica edición a cuatro tomos de *La celebrada flora peruana y chilena, ó descripciones y pinturas de las plantas del Perú, y de Chile, según el sistema de Lineo...*, las *Vidas de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio con los comentarios de Isaac Casaubon y otros sabios, *Retrato de españoles ilustres con un epítome de sus vidas*, un catálogo de las curiosidades del gabinete de un tal Sr. Dávila, un monetario de antiguas medallas de plata grabadas en México por el entonces célebre D. Gerónimo Gil, unos dibujos copiados de un antiguo palacio de Montezuma, el *Uso de las pasiones*, y un *Conocimiento de la pintura*, aparte de un Atlas Universal (157-58).

“Por desdicha”, continúa diciendo el P. Vargas Ugarte, “el Museo [de Moxó] debió dispersarse”, según una nota hallada en el Tesoro Público de Chuquisaca: “Expolios del Ilmo. Sr. Dr. D. Benito María de Moxó... 7 cajones clabados que

contienen el museo de dicho Sr. Ilmo. cuyas preciosidades y piezas constan de su primer inventario” (158).

Si no se hubieran perdido los expolios del Obispo Moxó, habría aparecido entre ellos una pequeña figura hecha de baldres, de natura de hombre, y un libro sin tapas, desconchado. Y estaría alguno de ustedes los leyentes escribiendo la última parte de *El Taisnerio*.

*María Eugenia Sáez, 1994*